

favor del Véneto. Inquietado por demostraciones hostiles en la orilla derecha del Po, se mantendrá en estado de guerra en la izquierda, y en vez de una política de conciliación y de paz, se verá renacer una política de desconfianza y de odio que acarreará nuevos disturbios y nuevas desgracias.»

Ocupándose en seguida de la cuestión del Congreso, el autor de la nota se expresaba así: «Parece que se espera mucho de un Congreso europeo: lo deseamos con todo nuestro anhelo; pero dudamos mucho que un Congreso obtenga mejores condiciones para Italia. Un Congreso no pedirá sino lo que sea justo, y ¿sería justo pedir á una gran potencia importantes concesiones sin ofrecerle en cambio compensaciones equitativas? El único medio sería la guerra; pero que Italia no se equivoque; solamente una potencia en Europa es capaz de hacer la guerra por una idea; es Francia, y Francia ha cumplido ya su misión.»

El vencedor de Magenta y de Solferino parecía dudar á veces de los resultados de sus victorias. La nota que acabamos de reproducir dejaba presentir las perplejidades y las incertidumbres que le preocupaban durante su residencia en San Salvador. Este documento llevaba impreso en el más alto grado el sello de su estilo y de su carácter, y en él se traslucía cierto sentimiento de tristeza y casi de desaliento.

LXXI

BIARRITZ, BURDEOS Y COMPIÈGNE

El emperador y la emperatriz salieron de San Salvador el 12 de septiembre, pernctaron en Tarbes y llegaron el 13 á Biarritz, donde encontraron al príncipe imperial. El 18 recibieron en su quinta al rey de los belgas, al gran duque de Oldenburgo, así como á muchos extranjeros de distinción, rusos y españoles. El 19 hicieron una excursión por mar á bordo del *Aguila*, nuevo yate imperial construído con todos los perfeccionamientos modernos. Desembarcaron á las seis de la tarde en el cabo Bretón, donde la población en masa acudió á dar gracias al monarca por las obras de mejora del puerto que había mandado hacer y que aseguraba su porvenir.

La residencia en Biarritz agradó mucho á SS. MM., que ya habían ido allí en 1857. Pero el cuidado de los asuntos italianos seguía preocupando al emperador. Estaba descontento de los obstáculos que el gobierno piemontés oponía á la ejecución del tratado de Villafranca y veía con despecho que este gobierno parecía resuelto, no tan sólo á anexionarse la Italia central, sino á negar como compensación en esta hipótesis la anexión de Saboya y Niza á Francia. Napoleón III no ocultó al conde Arese la desagradable impresión que le producía semejante estado de cosas, y desde Biarritz le escribió esta carta con fecha 3 de octubre: «Os escribo hoy para comunicaros uno de los muchos informes que recibo de Italia y que demuestran la falta de firmeza del gobierno piemontés. No se regenera un pueblo con flores y luminarias; es menester firmeza y justicia. ¿Cómo explicarse que el gobierno, tan paciente cuando se insulta á Francia y á su jefe, se muestre tan resuelto en Saboya contra la prensa cuando pide la anexión á Francia? Os ruego que habléis seriamente acerca de este asunto al ministerio. Pronto escribiré al rey acerca de las grandes cuestiones que es forzoso dejar ultimadas.»

Al otro día, 4 de octubre, nueva carta, más severa aún: «Querido Arese: Os vuelvo á escribir hoy para comunicaros otra nota que recibo de Milán. Repito que veo con disgusto la incuria del gobierno sardo, porque forzosamente debe ocasionar un enfriamiento entre nosotros, y os lo digo *sin rebozo*, aquí no hay nadie más que yo, *solo yo*, adicto á la causa italiana.

»El gobierno sardo no puede pretextar impotencia con respecto á la prensa, toda vez que en Saboya sabe muy bien suprimir los artículos ó los periódicos

que no le convienen. Es muy triste pensar que mientras yo lucho aquí todos los días en favor del Piamonte, se permita que me ultrajen de todos modos al otro lado de los Alpes.»

Napoleón III estaba tan descontento de Roma como de Turín. El papa declaraba que no quería oír hablar de Confederación italiana mientras no hubiera vuelto á entrar en posesión de las Romañas, y las relaciones entre el Vaticano y el gobierno francés eran cada vez más tirantes. Al regresar de Biarritz el emperador se detuvo en Burdeos, donde los discursos cambiados entre él y el cardenal arzobispo de la ciudad dieron á conocer todas las dificultades de la cuestión italiana.

SS. MM. llegaron á Burdeos con el príncipe imperial el 10 de octubre. A pesar del mal tiempo, los habitantes de la ciudad y del campo se agolpaban á su paso y prorumpían en calurosas aclamaciones. Al día siguiente el emperador recibió á las autoridades. El cardenal arzobispo, monseñor Donnet, prelado muy popular en su diócesis y que gozaba de mucho favor en las Tullerías, pronunció un discurso que revelaba las alarmas del mundo católico, pero expresando la adhesión más profunda al soberano.

«Señor, dijo el cardenal, cuando hace ocho años la ciudad de Burdeos os hacía tan entusiasta acogida, y las bóvedas de nuestra antigua basílica retemblaban con las aclamaciones de la muchedumbre, mi clero y yo estábamos aquí asistiendo con júbilo á lo que nos parecía ser como el bautismo del nuevo Imperio. Entonces rogamos por el que había detenido la marea siempre creciente de las revoluciones, por el que había afirmado en la frente de la Iglesia y del sacerdocio la aureola de honor que se le quería arrebatarse, y había inaugurado sus grandes destinos devolviendo al vicario de Jesucristo su ciudad, su pueblo y la integridad de sus Estados. Hoy rogamos todavía con más fervor, si es posible, porque Dios os depare los medios, como os ha dado la voluntad, de continuar siendo fiel á esa política cristiana que hizo bendecir vuestro nombre y que tal vez es el secreto de la prosperidad y el origen de las glorias de vuestro reinado. Rogamos con una confianza que se obstina, con una esperanza que no han podido desalentar ciertos acontecimientos deplorables y sacrílegas violencias, y el motivo de esta esperanza, cuya realización parece hoy tan difícil, sois vos, señor, después de Dios, vos que habéis sido y que queréis seguir siendo el primogénito de la Iglesia, vos que habéis dicho estas palabras memorables: — La soberanía temporal del jefe de la Iglesia va unida al esplendor del catolicismo, así como á la libertad y á la independencia de Italia.»

Al terminar, el cardenal suplicaba al emperador que asegurase un triunfo á Jesucristo en la persona de su vicario, y añadía que «ese triunfo pondría fin á las ansiedades del mundo católico, que lo recibiría con entusiasmo.»

Napoleón III contestó: «Doy gracias á V. E. por los sentimientos que acaba de expresarme. Hace justicia á los míos, aunque sin desconocer las dificultades que los estorban, y creo que comprende bien su elevada misión, procu-

rando vigorizar la confianza más bien que difundir inútiles alarmas. Os agradezco el que hayáis recordado mis palabras, porque tengo la firme esperanza de que comenzará una nueva era de gloria para la Iglesia el día en que todo el mundo participe de mi convicción de que el poder temporal del Padre Santo no está en oposición con la independencia de Italia.»

Después de este comienzo optimista, la respuesta del emperador dejaba traslucir los más grandes temores. «El Padre Santo, decía, se preocupa con razón del día, que no puede tardar mucho, en que nuestras tropas evacuen á Roma; porque Europa no puede permitir que la ocupación, que dura ya diez años, se prolongue indefinidamente, y cuando nuestro ejército se haya retirado, ¿qué dejará detrás de sí? La anarquía, el terror ó la paz. Cuestiones son estas cuya importancia á nadie escapa. Pero creedlo, para resolverlas en la época en que vivimos se necesita, en lugar de apelar á las pasiones, buscar con calma la verdad y rogar á la Providencia que ilumine á los pueblos y á los reyes sobre el cuerdo ejercicio de sus derechos, así como sobre la extensión de sus deberes. No dudo que las oraciones de V. E. y las de su clero continuarán atrayendo sobre la emperatriz, mi hijo y yo las bendiciones del cielo.»

El emperador recibía en Burdeos una excelente acogida, como en 1852; pero se conocía que la situación no era tan favorable y que la inteligencia entre el trono y el altar no tenía la misma solidez. Comprendíase que á la cuestión italiana, ya tan embrollada, se agregaba la romana, todavía más grave y más ardua. En suma, la respuesta del emperador al discurso del cardenal era muy alarmante. Se entraba en una era de dificultades que debía continuar hasta el fin del reinado y que le ha sobrevivido: así lo presentía Napoleón.

Este regresó á Saint-Cloud el 12 de octubre y allí encontró una especie de congreso de personas notables italianas que, como entonces se decía, procuraban hacer hablar á la esfinge. El 16 les dió audiencia y les expresó su deseo de que Parma se anexionara al Piamonte, y de que el joven soberano del ducado tomase posesión del de Módena y se desposara más adelante con una sobrina del duque Francisco V. En cuanto á Toscana, declaró que se imponía la restauración del gran ducado, con una Constitución y la adopción de la bandera nacional. El 20 de octubre escribió al rey Víctor Manuel una carta que no se publicó en el *Moniteur*, pero sí en el *Times* y luego en el *Constitucional*, periódico oficioso. En esta carta mantenía las estipulaciones de Villafranca, excepto en un punto, el ducado de Módena, que se debería dar al duque de Parma en compensación de la pérdida de su ducado, anexionado al Piamonte. Manifestaba la esperanza de que si las pretensiones italianas quedaban limitadas de este modo, el emperador Francisco José concedería al Véneto una amplia autonomía. En tal estado se hallaban las cosas cuando Napoleón III salió de Saint-Cloud para ir á Compiègne, donde iban á celebrarse brillantes recepciones.

Durante la guerra de Italia el emperador había dicho á muchos oficiales:

«Señores, quedáis citados para las cacerías de Compiègne.» Iba á cumplir su promesa, y la ciudad le preparaba un recibimiento más brillante aún que de costumbre. El ayuntamiento había votado por unanimidad un crédito ilimitado para adornar las calles por donde debía pasar el vencedor de Magenta y Solferino. El martes 1.º de noviembre llegó éste á Compiègne con la emperatriz y el príncipe imperial. Las autoridades le recibieron en la estación: la guardia nacional de la ciudad estaba formada en la carrera. A pocos metros del puente del Oise había un arco de triunfo con la inscripción: «Al emperador Napoleón III.» Se acababa de dar el nombre de Solferino á una de las calles. En la plaza y en las calles había mástiles plantados de cinco en cinco metros, unidos entre sí con guirnaldas de flores y follaje. Todas las ventanas ostentaban colgaduras. En otras vías se veían adornos y alegorías por el estilo. Dos regimientos de la guardia, que habían hecho la campaña de Italia, aguardaban la llegada del soberano con las músicas militares. La comitiva imperial avanzó entre aclamaciones: á su llegada al palacio, las vendedoras del mercado ofrecieron al emperador una rama de laurel y á la emperatriz un ramo de flores.

El jueves 3 llegaron los invitados de la primera serie, á los cuales, así como á los de las cuatro siguientes, se les obsequió con cacerías y funciones teatrales. Una de las damas más notables de las que llegaron á Compiègne fué la gran duquesa María de Rusia, hija del emperador Nicolás, á la que los emperadores recibieron con toda clase de distinciones y agasajos.

La cacería del 23 de noviembre tuvo un brillo excepcional. La montería imperial desplegó todas sus magnificencias. Hacía un tiempo soberbio; el bosque resplandecía con los rayos de un sol de otoño. A eso del mediodía los curiosos de la población y de las cercanías acudieron en considerable número, y sus carruajes se situaron en los alrededores del recinto guardado y reservado para el servicio de la caza. A la una el emperador, la emperatriz y sus convidados se reunían en el salón de familia, delante del cual les aguardaban al pie de la terraza diez carruajes de seis ó cuatro caballos guiados por postillones. Al llegar al punto de cita, que era la más hermosa encrucijada del bosque, los cazadores se apearon de los coches y montaron en los caballos que se les tenían preparados. Entre dos de las calles de la encrucijada, cerca del monte alto, la jauría impaciente se agitaba bajo la custodia de los criados vestidos de gran librea. El emperador y la emperatriz, que iban con trajes de caza, montaron á caballo y dieron la señal de marcha hacia la espesura, por la que debía comenzar el ataque. Detrás de ellos galopaban los cazadores que llevaban el botón, es decir el derecho de vestir el uniforme de la montería imperial, casaca verde con botones de plata, chaleco escarlata y tricornio con plumas negras; el emperador y la emperatriz las llevaban blancas. El mariscal Magnán, montero mayor, desempeñaba las funciones de su cargo. La cacería estuvo bien dirigida y el emperador remató al ciervo de un tiro de carabina.

Por la noche tuvo lugar en el patio del palacio el cebo frío con un ceremo-

nial más fastuoso que de costumbre. A las ocho se abrieron las ventanas del primer piso, asomándose á ellas los emperadores, la gran duquesa de Rusia y la princesa Clotilde. Una porción de antorchas difundían una viva claridad de reflejos verdosos. Los que las llevaban, los lacayos de caza, los picadores iban todos de gran librea con peluca empolvada. Los perros, ladrando con furor, se lanzaron sobre los despojos del ciervo y los devoraron. Este espectáculo pareció agradar mucho á una multitud de curiosos para quienes se habían abierto las verjas del patio de honor.

El domingo 4 de diciembre, el emperador, su esposa y su hijo salieron de Compiègne para París.